



Juntos anunciamos lo que vivimos

Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 28 de mayo de 2023



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Ven, Espíritu divino (CLN, 256) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sab 1, 7):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En esta celebración final de Pascua, en la que acogemos el don del Espíritu Santo a la Iglesia, celebramos el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, bajo el lema: «Juntos anunciamos lo que vivimos».

El lema refleja la experiencia sinodal que, desde hace meses, venimos viviendo en toda la Iglesia; la experiencia de sabernos hijos e hijas en el Espíritu por nuestro bautismo, llamados a caminar juntos, como pueblo de Dios, llamados a vivir el evangelio, y a anunciar con nuestra vida aquello que vivimos, nuestro encuentro con Cristo resucitado.

Que la fuerza amorosa del Espíritu Santo que nos convoca, nos congrega y nos envía nos llene de fuerza y esperanza para ser la Iglesia que nuestro mundo necesita para experimentar el amor de Dios y anunciar a Jesucristo con nuestras palabras y especialmente con nuestro testimonio.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersion del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente, Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al aguapara remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Conscientes de cuánto nos queda para ser realmente una Iglesia sinodal, para reconocer la igual dignidad sagrada de toda persona bautizada, y de todos los seres humanos, invocamos la misericordia divina.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que por medio del Espíritu Santo nos conduces por el camino de la sinodalidad: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que nos abres a la comunión y nos libras del orgullo de creernos superiores a los demás: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que nos liberas de quedarnos encerrados y temerosos, y nos llamas a sumir el riesgo de ser una Iglesia en salida: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

DIOS todopoderoso y eterno,
que has querido que el Misterio pascual
se actualizase bajo el signo sagrado de los cincuenta días,
haz que los pueblos dispersos en la diversidad de lenguas
se congreguen, por los dones del cielo,
en la única confesión de tu nombre.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo**

**en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

O bien:

DIOS os todopoderoso,
brille sobre nosotros el resplandor de tu gloria
y que tu luz fortalezca,
con la iluminación del Espíritu Santo,
los corazones de los renacidos por tu gracia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Solo unidos, siendo Iglesia, unidos en oración, podemos esperar el cumplimiento de la promesa del Señor. Solo así podemos esperar que el Espíritu Santo transforme nuestro corazón para ser Iglesia que camina unida poniendo en su centro a las personas empobrecidas, y anunciar así el amor y la paz que el Señor resucitado nos da.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

— Por mucho que proclamemos de palabra lo contrario, muchas veces seguimos siendo una Iglesia temerosa, encerrada, que vive a la defensiva, enfrentada a este mundo que también nosotros habitamos, sin capacidad de asombro y sorpresa ante lo que el Espíritu Santo puede hacer para transformar la vida. Necesitamos la presencia del Resucitado, acogida vitalmente, para que el Espíritu actúe.

— Necesitamos acoger los dones del Espíritu que transforman nuestra existencia no en función de nuestros deseos, sino en la dirección del reino de Dios.

— El Espíritu Santo siempre nos empuja a la comunión, a superar diferencias y barreras, a valorar más lo que podemos construir juntos que el camino que recorreremos en solitario.

— Nadie puede ser cristiano en solitario. Nadie se salva solo.

— Somos enviados por el Resucitado a ser testigos de comunión, a tender puentes, a tejer fraternidad. Evangelizar es anunciar con nuestra vida que esto es posible en todos los ámbitos —personales, familiares, sociales, laborales, políticos...— y comprometernos a vivirlo en primer lugar en la Iglesia para ser testigos creíbles.

— El Espíritu Santo nos capacita con sus dones para poder vivirlo con gozo.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Guiados por el Espíritu Santo que ora en nosotros, y nos enseña a orar, presentemos con confianza nuestra oración, acogiendo las necesidades de toda la humanidad y toda la Iglesia.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Para que seamos una Iglesia cada vez más fiel a nuestro compromiso bautismal, comunidad de iguales, abierta, dialogante, sinodal, capaz de acoger con amor la diversidad de carismas y dones, creadora de comunión. Roguemos al Señor.

2. Para que seamos una comunidad que camina unida hacia las periferias geográficas y existenciales, escuchando el lamento de los pobres y el grito de la creación. Una comunidad que no se instala ni acomoda, que se deja guiar por el Espíritu Santo al encuentro de la humanidad sufriente. Roguemos al Señor.
3. Para que a los gobernantes y responsables de la economía, el Espíritu Santo les haga capaces de dolerse del sufrimiento humano, para que pongan siempre en el centro de su acción las necesidades de los más pobres. Roguemos al Señor.
4. Para que los más débiles, quienes sufren las consecuencias del pecado, del mal y la injusticia que divide y enfrenta al ser humano, encuentren en nosotros justicia, solidaridad y amor. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros, comunidad de hermanos y hermanas, llamados y enviados por el Resucitado a anunciar con nuestra vida la fe que vivimos, para que la fuerza del Espíritu sostenga nuestra existencia. Roguemos al Señor.

(Pueden añadirse otras intenciones).

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

A COGE, Padre,
la oración que el Espíritu Santo
pone en nuestros labios y nuestro corazón.
Concédenos lo que de verdad necesitamos.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: La alianza nueva (CLN, 253) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN TRAS LA COMUNIÓN (PARA ORAR JUNTOS)

**Señor, en este día de Pentecostés
acogemos el don de tu Espíritu
que se derrama sobre toda la creación.
Ayúdanos a caminar como Iglesia unida,
comunidad fraterna,
servicial, misericordiosa, alegre y profética.**

**Danos tu Espíritu consolador en medio de las dificultades,
para que en el desaliento
permanezcamos siempre en tu amor.**

**Danos tu Espíritu de consuelo y fortaleza,
de alegría y confianza,
de esperanza y amor,
de generosidad y capacidad de servicio,
de justicia y de paz.**

**Danos el Espíritu de la fraternidad,
el Espíritu de cuidado —de los pobres y de la creación—,
el Espíritu de escucha y discernimiento.**

**Danos tu Espíritu,
y enséñanos a dejar que guíe nuestro camino
que ore en nosotros,
que aumente nuestra fe.**

**Y que sepamos inundar de este Espíritu de vida
nuestra Iglesia y nuestro mundo.**

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

**ESTOS dones que acabamos de recibir, Señor,
Enos sirvan de provecho,
para que nos inflame el mismo Espíritu
que infundiste de modo inefable en tus apóstoles.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.**

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

℟. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.

Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.

℟. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española